

No nos habían contado...

Espaldas mojadas. Historias de maquilas, coyotes y aduanas

Alfredo Molano

El Áncora/Panamericana Editorial, Bogotá, 2005, 161 págs.

Miguel Barnet, al publicar, en 1966, *Biografía de un cimarrón*, terminó dándole vida no sólo a una obra capital de las letras cubanas, sino también a todo un género literario —aún emergente y aún no aceptado por algunos sectores de la crítica que lo vinculan más con el periodismo y la investigación sociológica, que con la literatura—: el testimonial. Si bien muchas obras anteriores a la suya provenían de la realidad y nunca caían en la ficción, *Biografía de un cimarrón* marcó unos parámetros claros, que dieron pie a piezas tan importantes como *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska; *Me llamo Rigoberta Menchú*, de Elizabeth Burgos Debray, y *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, de Moema Viezzer, por nombrar algunas. El testimonial se convirtió, según lo quieren hacer ver ciertos literatos, en el género latinoamericano por antonomasia, pues aquí había nacido y aquí encontraba el material que le daba vida y sentido: la denuncia ante las inmensas diferencias de nuestro continente. Su lógica de creación consistía —y consiste— en un letrado (periodista, investigador, escritor, etc.) que se acerca a un personaje asumido como subalterno dentro del sistema (campesino, indígena, negro, desplazado, etc.), quien le narra su historia de vida, una historia que habla en representación de toda una comunidad y que denuncia, en mayor o menor medida, un atropello. El letrado después transcribe ese relato y lo presenta, en la mayoría de las ocasiones, como un libro.

En Colombia, si bien son importantes trabajos como *Las mujeres en la guerra*, de Patricia Lara Salive; *Los*

niños de la guerra, de Guillermo González Uribe, y *El camino del caimán*, de Javier Echeverri Restrepo, sólo hay dos autores que han hecho, por llamarla de algún modo, una *carrera* dentro de la literatura testimonial; es decir, son autores que han dedicado buena parte de su vida a la creación de obras de este carácter y que por lo tanto viven en la extraña —y fascinante— línea de la investigación, el periodismo y la literatura: Arturo Alape y Alfredo Molano.

Los libros de este último siempre han tenido un orden estructural semejante entre ellos. Están compuestos por un grupo de relatos (titulados casi siempre con el nombre de su supuesto narrador oral) que giran en torno a un tema común: el narcotráfico, la cárcel, la guerra, el desplazamiento y, en *Espaldas mojadas*, la entrada ilegal a los Estados Unidos.



Ahora bien, habría que anotar que una de las razones por las cuales ciertos sectores del ámbito literario no terminan de aceptar al testimonial como un género, tiene que ver, precisamente, con la manipulación que en su obra algunos letrados hacen del testimonio del subalterno; o mejor: con la amplia *intervención* que hacen sobre el relato oral antes de convertirlo en texto; de ahí, por ejemplo, que la categoría del testimonio haya des-

aparecido del Premio Casa de las Américas. Y es que no son pocos los escritores de este género que consideran el relato oral como un capital a partir del cual crear: *crear testimonios*, y no como un material —como un testimonio— *casi* listo para transcribir. Por ejemplo, tal como me lo contó el mismo Alape alguna vez, en su obra siempre hay una distancia de seis textos entre el testimonio primario y el que aparece en sus libros: seis elaboraciones del autor entre la oralidad del testigo y lo que llega a los lectores. El caso de Molano es aún más especial: lo que parecen relatos que vienen de la propia voz de los testigos, son en realidad —tal como el mismo autor lo ha contado— imputaciones, es decir, información tomada de entrevistas a diferentes personas, que termina adjudicada a un personaje clave. El contenido del relato no pertenece completamente al testigo que parece narrarlo, sino que está compuesto por múltiples vivencias relatadas por diferentes personas relacionadas con el tema central de la investigación, que al final terminan inscritas en un solo texto, en una sola voz, en una sola vida: en un solo testimonio creado por el autor. A sabiendas de todo esto, la noción de realidad en el ojo lector se vería desfigurada; mas, la verdad, pocas veces sucede, porque me parece que son pocos los que están enterados de las fusiones elaboradas por Molano.

Pero, aún así, su obra de todos modos tiene validez, mucha validez: si bien no hay una identidad directa entre la 'trama' del relato y una persona de la vida real, sí es obvia la existencia de un compromiso por parte de Molano con la denuncia de situaciones difíciles vividas por los subalternos relacionados con cada tema, quienes, en últimas, están representados en cada uno de los textos de sus libros. Mejor dicho: lo que cuenta cada uno de los testimonios que conforman los libros de Molano, al final de cuentas, *sí* sucede, y que alguien se atreva a escribir al respecto es una manera de hacerlo público, de llevarlo a la noción social de *lo real*.

Así ocurre con toda su obra, y así ocurre con *Espaldas mojadas. His-*

torias de maquilas, coyotes y aduanas. Una crónica y cinco relatos testimoniales conforman el libro. Y esta vez las historias no suceden en Colombia (como en sus anteriores trabajos), sino, obviamente, en la zona fronteriza entre México y los Estados Unidos, puerta de esperanzas para muchos hombres de nuestro continente; lo que, por cierto, sería una buena señal de que quizá es cierto que el testimonial es *nuestro* género, el que nos cuenta.

En *Espaldas mojadas*, si bien, al parecer, no hay una identidad absoluta entre un subalterno testigo y lo que narra cada historia de vida, sí se siente al paso de las páginas el espíritu de denuncia de una realidad no contada. Porque —y quizá en este punto radica el mayor atributo de esta obra— las historias allí presentes van más allá de las esperadas narraciones sobre cómo los ‘mojados’ pasan la frontera entre México y los Estados Unidos. Molano fue capaz de descubrir —y de contar— esa otra vida diaria de Tijuana, Ciudad Juárez y Reynosa: la historia del sueño ilegal, la del esclavizante trabajo en las maquilas colindantes, la del narcotráfico y el rebusque, la del odio visceral a todo lo gringo, la de la pobreza y el hambre, la de nuestro machismo, la de la fortaleza de nuestras mujeres, la de la mágica tradición mexicana, la de Tijuana convertida en el basurero estadounidense y la de nuestros hombres como mano de obra barata a la que se le puede golpear, robar y matar al otro lado del ‘hueco’.

Lo que el libro cuenta, sorprende. La denuncia de ese mundo en el que el ser humano se convierte a sí mismo —y a su cuerpo— en una mercancía, sorprende. No nos habían contado que el lado mexicano de la frontera es el lugar en el que se arman miles de productos con partes hechas en todos los lugares del mundo. Allí las grandes multinacionales pagan mano de obra latinoamericana y barata, que arma radios, blusas, juguetes, electrodomésticos y quién sabe qué más, antes de que penetren al mercado norteamericano. Trabajo lleno de prohibiciones, en el que es

imposible detenerse, en el que siempre se es grabado por una cámara, en el que no se puede protestar y en el que los administradores y propietarios —muchas veces norteamericanos— promueven entre sus empleados el consumo de anfetaminas para mejorar el rendimiento.



No nos habían contado el extraño juego de necesidades y odios que marca el día a día en la frontera: los ‘mojados’, y todos los que viven en la zona, bien saben que son, o serán, esclavos de la economía estadounidense, economía que les pagará poco por su trabajo y que los mantendrá asustados bajo la amenaza de denunciar su ilegalidad. Trabajarán para los gringos porque necesitan de sus dólares, y porque en sus pueblos, en las montañas de Colombia, Nicaragua o Perú, cada mes sus familias esperarán un giro de dinero para sobrevivir; pero cada insulto y cada maltrato alimentará en cada latinoamericano el odio visceral que, tal como bien lo deja ver el libro, flota en la frontera hacia todo lo que huele a los Estados Unidos. Y algo semejante sucede del otro lado: la mano de obra de nuestros países es apreciada en Norteamérica porque vale menos y porque, a razón de su necesidad, hace lo que se le pida sin protestar; mas también es vista como una plaga, traducida en millones de personas que entran ilegalmente para quitarle el trabajo a los estadouni-

denses y después sacar el dinero y enviarlo al sur del continente. No nos habían contado que por eso los hacendados gringos de la zona fronteriza han creado grupos paramilitares, armados de helicópteros y escopetas, que juegan a la cacería de ‘mojados’ en el desierto. Y no nos habían contado que algunas ONG y sectores de la Iglesia católica se dedican a salvar la vida de estos ilegales, rescatándolos, dejándoles tanques de agua estratégicamente ubicados para que no mueran de sed, y dándoles comida y dormida en hogares de caridad.

No nos habían contado que la frontera, a pesar de ser para los estadounidenses un lugar donde conseguir alcohol y prostitutas y donde botar la peor de sus basuras, es también una zona aún marcada por las más profundas tradiciones mexicanas, como robadas de un cuento del gran Juan Rulfo. Los testimonios que conforman el libro dejan ver a esos hombres que creen en la magia, que hablan con los muertos, que profetizan el futuro, que mezclan en sus oraciones al Dios cristiano y a las deidades indígenas, que tejen leyendas y que viven dentro de ellas... Sí, otra de las cualidades que hacen de *Espaldas mojadas* una pieza especial es que, al tiempo que nos denuncia toda una situación de dificultad, corrupción y maltrato, no se olvida de transmitirnos el espíritu mágico que hace grande a México. Molano, aún a punta de imputaciones (o quizá gracias a ellas), agrandó el foco, supuestamente centrado en la entrada ilegal de latinos a Estados Unidos, y contó una frontera más completa, más real, más viva: la que no nos habían contado. De ahí, acaso, que también cubriera todos los relatos con una característica clásica de nuestra cultura, que aquí se tuerce hasta convertirse en la causante inconsciente de un cierto heroísmo: como en casi toda la obra de García Márquez, en *Espaldas mojadas* las mujeres son fuertes y autosuficientes, casi hasta la brutalidad; pero lo son no por naturaleza, sino porque las circunstancias machistas las han obligado a serlo: o se levantan solas o ellas y sus hijos se mue-

ren de hambre. En cada testimonio se descubre a un macho latinoamericano que —en una clara confirmación del estereotipo— asume a la mujer como a un animal productor de hijos, al que se puede poseer en cualquier momento para después abandonarlo. Pero esa mujer no se queda quieta: a la brava, se levanta en búsqueda de oportunidades y, después de tantos golpes, se convierte en una pared capaz de aguantarlo todo. No nos habían contado que la frontera estaba llena de madres cabeza de familia que se partían el lomo trabajando de día y de noche en las maquilas; y no nos habían contado que muchos de los ‘mojados’ forman parte del género femenino, y que han terminado allí porque de un día para otro se vieron sin marido y sin comida.



Pero existe otra cosa que Molano no nos había contado en sus demás libros, y que es de gran utilidad cuando se lee literatura testimonial con un fin distinto —o paralelo— al entretenimiento. La historia de vida es también un recurso de la investigación social, así que cuando nos acercamos a un libro como *Espaldas mojadas* —aún a sabiendas de la intervención que pueda haber hecho el letrado sobre los relatos orales— buscamos claves, rutas, hipótesis y propósitos de investigación, que nos lleven a entender mejor el problema, así como la visión desde la cual se le está contemplando en cada trabajo. En esta ocasión, tal como lo

decía en párrafos anteriores, además de los cinco testimonios, hay una crónica escrita por María Constanza Ramírez (estrecha colaboradora de Molano), que podría asumirse como un paratexto que da buena cuenta de cómo se hizo el trabajo, así como de cuáles fueron los puntos desconocidos que sorprendieron a los autores en el trabajo de campo (la gran cantidad de mujeres maquiladoras por ejemplo): se trata, sobre todo, de una honesta —y muy interesante— muestra de la labor investigativa, que, por cierto, resulta muy útil a la hora de interpretar el problema y de pensar en estudiarlo, pues hasta algunos asomos de conclusiones ofrece. Por ejemplo:

Alzamos vuelo con la sensación de que, al fin y al cabo, hoy el río Grande es una coladera que deja pasar la mano de obra fuerte que les sirve a los gringos para hacer los trabajos pesados que ellos ya no hacen, y deja la barata para que les produzca todo lo que ellos jamás se cansarán de consumir. La frontera entre el norte y el sur rompe familias e ilusiones y separa hombres de mujeres que viven detrás de la esperanza de encontrarse, algún día, en la vejez. [pág. 30]

Así, desde la crónica introductoria de Ramírez, hasta la última página, el libro nos cuenta nuevas historias de la frontera y nos deja ver nuevas reflexiones sobre el mundo de Tijuana y sus ‘mojados’; lo que lo convierte, obviamente, en una buena pieza de la literatura no ficcional. Y es precisamente esa capacidad de replantear imaginarios de aquella realidad, la que lo hace también una excelente puerta de entrada a nuevas formas de comprender la vida de la frontera, con sus tradiciones, machos, maquilas, odios, sueños y oportunidades.

Una última cosa: qué bueno sería que pudiéramos estar seguros de que en la obra de Molano, detrás de cada testimonio, *siempre hay sólo una persona*.

ANDRÉS ARIAS

Humanismo de nuestro tiempo

Ensayos sobre filosofía y cultura en el mundo contemporáneo

Camilo García

Ecoe Ediciones, Bogotá, 2003, 245 págs.

Hablar de cultura en nuestro tiempo, cuando se ha recorrido por senderos milenarios de posibilidades históricas, es difícil. Escribir sobre cultura desde una perspectiva filosófica y crítica es, asimismo, una tarea nada fácil. La importancia de la cultura, sea lo que sea que se entienda por ella, en la actualidad mundial es muy marcada. Tal es el caso de Colombia en donde ya existe un Ministerio de Cultura. Son pocos los intelectuales y humanistas colombianos que se ocupan de las diversas manifestaciones de la cultura en la crisis de la modernidad, esto es, en nuestra época. Uno de ellos es Camilo García con su libro *Ensayos sobre filosofía y cultura en el mundo contemporáneo*. El filósofo bogotano nos propone explorar la cultura de nuestro tiempo desde el horizonte del racionalismo crítico, teniendo como fuente principal lo escrito. Con ello nos vemos abocados a cumplir con una labor hermenéutica cuyos resultados nos esclarecerán el panorama de la humanidad coetánea.



La obra de Camilo García está compuesta por catorce ensayos escritos en Estocolmo (Suecia) entre 1994 y 1998. Desde la distancia este